ESTAMPAS FLAMENCAS

Manuel Molina

He aquí el primer ídolo jerezano del cante grande. Su fama aún perdura y su gloria de artista rebasa los límites establecidos para otros.

Manuel Molina, o el "Señor Curro Molina", nombre con que también fué conocido, es "una figura extraña dentro del cante, por la aureola de respetabilidad que parecía rodearle como un nimbo de admiración grave, seria, que no tenía nada de la familiaridad que se observa siempre en los aplausos que se tributan a los artistas de su género".



La gravedad de carácter de este cantaor no lo hacía apto para las familiaridades excesivas. Pero sin embargo siempre que se hablaba de cante, su nombre era mencionado con cariño, con admiración. Su mismo porte era de hombre honorable y su trato con los cantaores del montón, dentro y fuera del género, le granjeó múltiples simpatías

Artista de poderosas facultades y gran corazón, fué generalmente querido lo mismo en la afición que fuera de ella.

"Astro de primera magnitud en las esferas de la seguidiya", llevó a ella la nota varonil, seria, rave, de su personalidad.

"El señor Curro Molina" —ha dicho Núñez de Prado; quizá su único historiador—, llenó por completo su época y dejó tras de sí una herencia que legar al cantaor que se sintiera con fuerzas para seguirlo". Herencia de tal peso, que pocos han surgido luego que se hayan sentido capaces para echar sobre sus hombros carga de tal índole.

Por la fama de su cuna Manuel Molina estaba más que obligado a responder dignamente a los dones con que le enriqueció la naturaleza.

El "Señor Curro", también dominó el martinete, y en este estilo de cante pertenece tal vez su mejor copla:

¿A qué pegarme estos palos?
¿Qué daño te he "jecho" yo?
Que me he "quedaíto dormio"
y el sueño rinde al león.

Este era su cante preferido, y el que marca más gráficamente su personalidad extraña, tierna, severa y majestuosa.

"Para sentir todo el horror y toda la fiereza imponente y encadenada que ruega en esos cuatro versos, es preciso aún después de habérselo oido al gran cantaor, entrar en un presidio y ver cómo se retuerce de dolor, bajo los bestiales golpes del cabo de vara, ese tigre en figura humana que se llama el presidiario..."

Así habla de este cante su único biógrafo. Y añade:

"Es inicuo, hasta ser repugnante, el cuadro que presenta el "Señor Curro" en su cantar, pero humano y positivo como la misma evidencia".

Artista dotado de justa percepción y de fina clarividencia, da acada asunto el matiz que le es más propio y lo encierra en el marco que mejor le corresponde.

Cuando su mirada deja de posarse en lo morbosamente humano, su alma salta a las elevadas regiones de la espiritualidad, se hace sentimental y su corazón se conmueve con los sentimientos más hondos. Es entonces cuando recurre a la seguiriya, el cante de la melancolía, y lanza una copla "vaga y espiritual como el fantasma de un sueño":

Me asomé a la muralla,
me respondió el viento:
¿para qué das esos suspiritos,
si ya no hay remedio?

"Es la antítesis del primer estilo y de la primera copla". Después de oidos estos versos, puede afirmarse: "que si el martinete expresa el dolor de un hombre, la seguiriya exhala el sufrimiento de un ángel".

Pero más tarde o más temprano, ese ángel, como es humano al fin y al cabo, pierde las alas, y viene entonces la caida profunda, terrible. Y esto fué lo que sucedió al "Señor Curro Molina". El que un día fuera ídolo de la multitud llegó a verse convertido en un andrajo. "Atrofiados sus nervios auditivos por la influencia excesiva que su canto predilecto ejerció en su organismo, a pesar de parecer éste como hecho de bronce por su increíble resistencia, quedó sordo por completo e imposibilitado de continuar su camino victorioso".

De esta forma tan lastimosa murió para el cante, el primer emperador de la seguiriya.

Juan de la PLATA

"El Taurino" de Alicante = 4-X-55